

Violetas marchitas

Acabábamos de entrar mi amiguita Susana y yo, en un aristocrático y céntrico bar, ya muy mediada la tarde, y no habíamos tenido tiempo más que de sentarnos junto a uno de los grandes ventanales que daban a la calle animada extraordinariamente a aquella hora.

Mientras el camarero nos servía lo pedido, miré curiosa y detenidamente a los concurrentes, por si veía algún rostro conocido.

De pronto mi vista quedó inmóvil en un punto. Tanto me interesaba lo que vi, que Susana al notar mi insistencia, volviendo la cabeza, tornó la suya hacia el mismo sitio.

En una recatada mesa de la sala, acompañada por una señora de respetable y distinguido aspecto había una bellísima muchacha pálida, de rostro delicioso de muñeca, al que servían de marco negros cabellos cortados en melena y peinados como un paje en abundosos rizos.

Un inconfundible sello de elegancia y buen gusto se advertía, tanto en su *toilette* como en sus ademanes mesurados y correctos. Pero de toda, su persona lo que más atraía, lo que era el *finis coronat opus* de aquella deliciosa criatura, eran los ojos; unos ojos azules oscuros, a lo que yo podía distinguir desde mi lejano sitio, eran más bien violeta, grandes, magníficos, y, sin embargo, algo tenían aquellos ojos que producían un escalofrío de inquietud; era como si toda la expresión de vida que se desbordaba en el rostro, hubiese cristalizado helándose, en aquellos ojos obsesionantes; dos violetas dobles con fulgores de zafiro.

Hablaban; hablaba despacio; se movían aquellas facciones tan atrayentes, tan bellas, como una gracia cautivadora y alucinante. Solo los ojos permanecían inmóviles, quietos, sin mirar concretamente nada, como vagando en el espacio; abstraídos en ultraterrenales contemplaciones, ajenos por completo a cuanto les rodeaba.

Susana que comprendía lo que yo miraba y observaba también, murmuró, en voz baja, como temerosa de romper el extraño hechizo, que como taumátúrgico sortilegio retenía nuestros ojos fijos en aquella divina criatura de mirada impasible.

—Qué raro, ¿verdad...? Unos ojos tan bonitos, tan grandes; pero tan quietos, tan fijos... —Y aventuró tímidamente. —¿Será ciega...?

Me estremecí: tal vez Susana tuviese razón; pero ante la sola idea de que aquella chiquilla tan bonita fuese ciega, rechacé malhumorado, sin saber por qué.

—¿No digas tonterías, mujer... ¡qué cosas se te ocurren!

Susana calló, no atreviéndose a replicar.

Tras gran esfuerzo logré apartar la vista un instante de la desconocida. En aquel momento giró la pampara y mi buen amigo Pepe Santestegui hizo su aparición ante nosotros. Miró también hacia el sitio donde yo antes mirara con tanta insistencia y levantó ceremoniosamente su sombrero, haciendo una ligera inclinación de cabeza. Mi sorpresa creció, al ver que la señora que acompañaba a la interesante criatura de los ojos de zafiro, correspondía a su saludo sonriendo. La niña no contestó ni se movió siquiera, como si no le hubiese visto saludar.

Si no poderme contener por más tiempo, me adelanté materialmente sobre mi amigo; y sin dejarle sentar, cogiéndole por un brazo, le pregunté ansiosamente:

—¿Conoces tú a esa muchacha...? Es divina; pero tiene unos ojos... tan raros...

El rostro de mi amigo se entristeció y me miró largamente en silencio; después replicó:

—Chico, es horrible; una verdadera lástima. Esos ojos... son de cristal.

Y aquella noche lloré amargamente por la bellísima muñeca de mirada impasible, cuyos ojos eran como dos violetas con fulgores de zafiros; dos violetas marchitas...

TOMAS ZARAGOZA

Mis cantares

Lo, miñmito haces conmigo
Que hace el fuego con la leña,
Que la empieza acariciando
Y poco después la quemá.

Parece mentira, hermosa,
Que después de tus promesas
Ahora pienses otra cosa.

Un sabio que me ha visto
llorarle, vida;
al saber los motivos
me ha dicho: «Olvida».

El sabio ignora
que olvidar no se puede
cuando se adora.

Sólo una cosa me apena;
Tener que vivir privado
De tu cariño, morena.

Por más que tú me prometes
Quererme de corazón;
No creas que me lo creo,
Que no me lo creo, no.

M. ALCANTUD Y DE LA TORRE
Chinchilla, Enero de 1925.



PRELUDIO

Quando en el mar de esmeralda
que, entre las áridas peñas
deshace en copas de espuma
sus vidrios cuando las besa,
meciendo en sus ondas suaves
las mil barquillas se alejan,
los que en las playas tranquilas
su suave marchar observan,
piensan:

¡Qué dichosos los que marchan!
¡Qué tristes los que se quedan!

Quando en las frágiles barcas,
que mansamente gobiernan
sobre el abismo cerúleo
los pescadores se alejan,
al mirar que allá, a lo lejos
corazón y mente quedan
entre aquellos que en la playa
su suave marchar observan,
piensan:

¡Qué tristes los que se marchan!
¡Qué dichosos los que quedan!

JUAN JOSÉ ESCRIBANO DE LA TORRE

CRIPTANA